

DINÁMICA DE TRANSMISIÓN

Por Manuel Zapata Olivella

La cultura es el acto por el cual el hombre dejó de ser animal, pero también puede degenerar en simplemente ser antropeide y, tal vez menos, en un robot mecanizado, manejado, incapaz de trazarse a sí mismo un programa y mucho menos de realizarlo. Estamos acostumbrados, cuando hablamos de cultura, a imaginarnos que se trata de un fenómeno exterior que se puede adocnar en una biblioteca, museo de pintura o de cine; muy pocas veces pensamos que eso que llamamos cultura comienza con uno mismo y, en cierta manera, trasciende la muerte.

Cuando se habla de tradición oral, generalmente se nos viene a la memoria el concepto de acervo de la palabra, refranes, cantos, poemas, décimas, coplas, mitos, leyendas, pero muy pocos tenemos conciencia de que cada vez que pronunciamos una palabra estamos enriqueciendo esa tradición oral y de que esta no es más que el conjunto de palabras de un pueblo, el idioma con el cual diariamente se está reconstruyendo el mundo. La actitud inconsciente de subestimar nuestra mejor herramienta —el lenguaje, la palabra como instrumento espiritual y material— nos conduce a una separación respecto de su dualidad, imaginándonos que son dos cosas sin relación directa.

La circunstancia de no comprender a profundidad la condición del ser humano, la maravilla de su esencia, cada día más nos aleja la posibilidad de tener conciencia de lo que somos. Es una lástima que, en la escuela primaria, secundaria o en la universidad, etc., al maestro o profesor se le haya olvidado inculcarnos la toma de conciencia de que somos seres humanos.

Con frecuencia hago esta pregunta a mis alumnos: ¿qué diferencia al ser humano del resto de los animales? Y vienen las concebidas respuestas e, inclusive, las discusiones, pero nunca en ese intercambio de conceptos surge la condición esencial de ser humano, que es, sencilla y llanamente, sin misterios de ninguna naturaleza: ser creador de valores culturales. Eso es el hombre, y cuán diferente sería la historia de cada uno de nosotros si la cartilla que nos despertó la reflexión sobre el aprendizaje hubiera comenzado por ahí, porque automáticamente hubiésemos podido darnos cuenta de que teníamos la palabra para inventar y los dedos para asir, palpar y crear como realmente lo hacemos, aunque sin conciencia de ello, a lo largo de nuestra vida. Hubiéramos evitado desperdiciar el lenguaje, verbalizando nuestro pensamiento y nuestras acciones, en lugar de concretarlos en elementos mucho más creativos.

Es cierto que la verbalización también es un hecho creativo, pero si se plantea el aprovechamiento del po-

LA MORAL



der creador de la palabra, no podemos dejar de concluir que perdemos mucho tiempo repitiendo frases poco significativas; que si se nos hubiese dicho en nuestra infancia que el hombre no solamente es un creador, sino que no puede pasar un instante de su vida, ni siquiera en su etapa más embrionaria, sin poder crear valores, fácil es imaginar la gran tarea que hubiésemos tenido por delante para poder llenar con nuestra creatividad esas horas, esos días y años que han pasado y que hemos dejado vacíos de valores culturales significativos y trascendentes.

No es fácil, bien lo sabemos, descubrir la existencia de los elementos biológicos que intervienen en el acto creativo —órganos de los sentidos, cerebro, manos, aparato fonético, etc.—, aunque son evidentes. El fundamento de esta estructura orgánica es proporcionar las facultades necesarias para la creación de valores, algunos de ellos tan negativos como las armas bélicas que parecen negar la inteligencia humana. Entonces es cuando surgen, para corregirlos, la filosofía, la religión, el arte, la moral, etc.

Todos estos instrumentos, por muy diferenciados que parezcan, particularmente cuando los comparamos con los elementos materiales de la cultura, comparten un origen común: son producto humano. Desde ese punto de vista, cualquier actividad que haga el hombre vivo,

despierto, dormido, en su vida embrionaria, en su vida fetal, está dentro del marco de la cultura.

Si observamos la dinámica de la transmisión oral descubrimos que esos valores culturales, cualquiera que sea su naturaleza espiritual, material, fabulada, imaginada o concretada, no es más que un continuo quehacer de fórmulas para enriquecer los conocimientos. Ya con relacionar el concepto de “conocimiento” a los productos de la cultura se está involucrando la propia esencia del ser humano, ya que las ideas no se pueden producir si no hay un proceso previo de reflexión, lo que lleva precisamente a tener conciencia de sí mismo o de la obra creada. Pues bien, esta estructura que utilizamos todos los días, y que empleamos en una forma mecánica, sin darle mayor atención, son las facultades sensoriales o materiales que constituyen la materia biológica del acto creativo. En la medida en que ya existe el reservorio cultural, los elementos que están contenidos en él nos rebotan como un búmeran y comienzan a determinarnos.

Pero no es el producto “cultura” lo que quiero resaltar, sino las herramientas biológicas que se rigen por leyes de las cuales no podemos sustraernos: la dinámica funcional.

Comenzamos entonces a caer en este juego un poco aparentemente fabulado, onírico, por el cual el creador se convierte en obra creada, en herramienta, y esta a su vez en constructora del hombre: la dinámica cultural.

Hay tres leyes fundamentales sobre la dinámica de la transmisión de la cultura:

La ley de la acumulación: todos los conocimientos son acumulables. Cualquiera que sea el valor creado o conocimiento, tiene su propia dinámica, la condición de ser acumulable. Creamos, pero este adquiere su propia dinámica. Es como si le dijera al hombre: “ya tú me has creado, pero de ahora en adelante yo soy yo y mi naturaleza es la de ser acumulable. Yo me voy a sumar a otros conocimientos, voy a figurar juntamente con otros conocimientos”.

Ninguno de nosotros, por muy inteligente que sea, inventó el lenguaje, sino que lo tomamos del contexto general, y no exclusivamente de un libro. Tenemos que deshacernos un poco de ese mito, según el cual la palabra escrita es la que rige la actividad del hombre, y aceptar que sencillamente es un símbolo escrito para perpetuar, la memoria del hombre en el papel.

De igual manera, ninguno de nosotros ha descubierto que el agua calmaba la sed o, mejor dicho, cuando supimos que el agua servía para calmar la sed ya alguien nos había llevado a esa experiencia; ni hemos tenido que preguntarnos frente a la vasija llena de agua, cuando la introducimos en el río o en el mar, si puede servir para calmar la sed o no: ya eso está acumulado. Es el mismo caso de aquellos que han elegido el cigarrillo para bien morir a través de un cáncer; nadie ha pensado que cuando prende un fósforo está reproduciendo un conocimiento acumulado en la memoria de la humanidad. Cuando el hombre comenzó a tener conciencia del

mundo que lo rodeaba, frotó dos pedacitos de madera y obtuvo una chispa y prendió una hojarasca. ¿Quién de nosotros piensa, cuando prende el fuego, que lo que está haciendo es reproducir un conocimiento acumulado hace aproximadamente 30.000 años? Esto nos puede dar una visión de por qué se dice que los conocimientos son acumulables y de la posibilidad que tenemos nosotros de echar mano a esos conocimientos cuando los necesitamos, sin darnos cuenta de que han sido acumulados a través de tiempos prehistóricos en la memoria ancestral de la humanidad.

La ley de la transmisión. Todos los conocimientos son transmitibles. Si no existiera esta ley, yo no podría escribir estas cosas que he aprendido de otros. La transmisión de los conocimientos permite la posibilidad de que uno se enriquezca con la acumulación de los conocimientos de generaciones anteriores y pueda enriquecer a las nuevas en el futuro.

La tercera ley dinámica de la cultura. Todo conocimiento es modificable; ningún conocimiento puede ser aprendido sin que el estudiante o el alumno lo modifique y lo adapte a su mundo conceptual; tampoco el estudiante convertido en profesor puede transmitir el conocimiento sin modificarlo. De repente, los conocimientos, que son un producto de la actividad creadora humana, adquieren una vivencia, una independencia, y generan procesos en los cuales lo que parece culturalmente ya dado e inmodificable es objeto de una nueva recreación. Aprender y enseñar son, entonces, sinónimos de recrear y modificar.

Pese a ser conceptos muy usados, resulta sumamente difícil explicar el sentido de expresiones como “cultura de los letrados”, “cultura analfabeta” o “cultura oral”. Es complejo deslindar la idea de “cultura escrita” de “cultura oral” porque el académico o el letrado, antes de trazar la letra, obligatoriamente tiene que hacer uso de la palabra. Entonces podríamos decir que la palabra es el elemento básico de toda cultura letrada o académica. Sin embargo, cuando la palabra genera un conocimiento, y este es acumulado y modificado de generación en generación por la oralidad, va adquiriendo una condición que no tiene la palabra escrita, y es la de ser modificadora cada vez que trata de comunicarse. Ha-



blamos, pues, de esa sabiduría popular que no está escrita en papeles ni empastada en libros o sistematizada en índices temáticos en las bibliotecas, sino que pervive alimentándose, regenerándose en el coloquio tradicional de la gente.

Si nos preocupamos del significado de la cultura analfabeta, la de los ágrafos y los semiletrados de un país, no es para reducirla llanamente al calificativo de “condición característica de los pueblos del Tercer Mundo”. Al contrario, resaltamos en ella la condición creadora del hombre semiletrado o ágrafo, en la medida en que observamos su creación a través de la palabra viva. Los grandes expositores de esa cultura analfabeta han sido hombres como Jesús, Homero, Sócrates y Diógenes,

que entendieron que el discurso hablado es el que permite la mayor instancia para recrear los propios valores que se están manejando: los descubrimientos pueden ser pequeños en relación al conocimiento de otros, pero grandes para quien los haya conocido, porque los ha utilizado en sí mismo. En una cultura iletrada estos conocimientos surgen del diálogo; en cualquier momento de creatividad, la palabra precede al texto escrito. Para algunos filósofos y lingüistas, el pensamiento no se puede concebir sin la palabra, sin la oración intuida en el pensamiento. Cuando decimos que Jesús es una analfabeta, no estamos dándole la connotación de que es un individuo que no sabe leer y escribir, sino que le está dando a la palabra mayor capacidad de expresión de sus pensamientos.



Estamos acostumbrados a separar el pensamiento del acto creativo; este es pensante y, como lo hemos dicho anteriormente, no se puede pensar sin la palabra, pero la palabra en sí misma lleva involucrada la idea del símbolo que representa.

En el proceso de la percepción del mundo real, a través del aparato sensorial y el juicio, existe un momento en que esa percepción es convertida en idea para continuar evolucionando en el cerebro en los estadios de la intuición, del pensamiento y del juicio. Hay en ese largo recorrido un instante, un fenómeno que se llama “elocución”, en el cual la idea se une al músculo vi-

brátil de la cuerda vocal que no está quieto nunca en la boca, permitiéndole al individuo ligar su pensamiento a la palabra. Todos somos elocuentes, todos tenemos que pasar por este instante para poder expresar el pensamiento, por eso es que se enredan a veces los filósofos y los lingüistas diciendo que la palabra no antecede al pensamiento, que este es libre de la palabra. También existe un proceso por el cual anatómicamente las percepciones de los sentidos se convierten en ideas y estas en palabras. Mucho antes de que existan las palabras como tales y mucho antes de que exista el pensamiento razonador, ya se ha dado este proceso. Es un fenómeno que desde luego comenzó a forjarse en el momento en que el hombre fue capaz de crear el lenguaje, y que sin duda le ha demandado siglos. Nosotros, desde luego, lo podemos repetir sin necesidad de ser conscientes de esos hechos.

La tradición oral es un fenómeno vivo, dinámico, actual, moderno, contemporáneo, sin el cual el hombre no podría vivir. Estamos permanentemente creando valores y conocimientos, y esa es la condición que nos

humaniza y que nos diferencia de los animales. No es un hecho particular y exclusivo de analfabetas. Ya lo he repetido: ellos utilizan el lenguaje porque no conocen la forma alienadora de entregarle a la palabra escrita lo que generalmente confían a su memoria para preservarla o como conocimiento vivo.

La tradición oral colombiana y latinoamericana son la suma de los conocimientos transmitidos a través de la palabra, de la cultura milenaria indígena, africana y española; hay quienes dicen que en ella no se pierde ninguno de los conocimientos aprendidos, sino que perviven enriqueciéndose unos a otros, y que por eso no es necesario descubrir el fuego ni el agua tibia, porque ya es una experiencia, acumulado, un acervo en la memoria, propio del hablante. Es la mejor herramienta que tenemos, no solamente para describir el mundo, sino para transformarlo, para reinventarlo. Se ha querido llamar a esta tradición oral “sabiduría popular”, “folklore”, y así, muy solapada e insistentemente separar sabiduría de la filosofía de los académicos. ¿Por qué no se dice que los conocimientos de los letrados son también folklore? Si a la sabiduría popular la llamamos folklore, ¿cuál sería el término apropiado para decir lo contrario? Me estoy refiriendo a la semántica de “folk” (pueblo) y de “lor” (conocimiento): ¿es que acaso el conocimiento académico no es folclórico, no implica el mismo proceso? ¿Hay algún medio, algún instrumento, una palabra revelada para los académicos, para poder crear diferente de como lo hacen los analfabetos? Comparar cultura académica con cultura folclórica se puede, ya que en ambas se da un mismo proceso: existe la creencia de que los conocimientos acumulados por la cultura indígena y analfabeta de los españoles que llegaron acá, sumados a los conocimientos de los empíricos africanos a través de la endoculturación, constituyen un contexto secundario de la cultura nacional, cuando lo evidente es lo opuesto: en la cultura de cualquier pueblo del mundo existe una experiencia vivencial, acumulada en la memoria ancestral de la comunidad y comunicada a través de la oralidad, que cada vez más es reinventada por el científico, el artista o el analfabeto. En el caso particular de la cultura popular colombiana y de América, no debemos olvidar que en ellas se acumulan las visiones, las experiencias y los conocimientos de por lo menos tres culturas de continentes deferentes: América, Europa y África.

Esa es la importancia de la dinámica de nuestra cultura americana, esa que ahora nosotros dizque vamos a tratar de rescatar; ese es un término muy usado por los sociólogos y los antropólogos: “vamos a rescatar la tradición oral”. ¿Qué van a rescatar? Lo que se ha perdido. Pero no se rescata lo que está presente en cada uno de nosotros y en todas partes. Lo que debemos es generar conciencia de que existen esas herramientas de trabajo, la oralidad y la tradición, para construir y enriquecer la cultura popular académica. ■

